

ceso vino á justificar muy pronto (1). El famoso solitario San Julian Sabas, alarmado con las amenazas de este príncipe contra la Iglesia, oraba con mucho fervor por espacio de diez dias sin interrupcion, en la Osroena, distante mas de veinte dias de jornada del campamento del apóstata, y derramaba un torrente de lágrimas para que el cielo enfrenase su furor. Notaron de repente sus discípulos que su rostro se serenaba, y que su aspecto habitual de gravedad y compuncion se trocaba en una alegría muy extraordinaria. Preguntándole la causa de ello, contestó: «cayó sin vida el jabali feroz que asolaba la viña del Señor.» Poco después se supo que Juliano había muerto en el día y hora que el Santo lo había anunciado (2). El mismo dia de esta profecía, Didimo el ciego, sintiéndose en extremo triste por la misma causa que San Sabas, pasó todo el dia en oracion sin querer tomar alimento alguno. Adormecióle al fin la opresion de su tristeza, y vió en sueños unos caballos blancos volando por los aires y montados por caballeros que daban voces diciendo: «Decid á Didimo que hoy á las siete pereció Juliano: levántate Didimo, toma tu alimento con alegría y refiere lo que te revelamos al obispo Atanasio.» Didimo notó el dia del mes y de la semana, y hasta el momento preciso de la revelacion, que era las siete de la noche, como se contaba antiguamente; es decir, una hora despues de media noche. Todo se verificó con la mayor exactitud (3).

Mas á la primera palabra que dijo este ilustrado ciego todos lo creyeron fácilmente. Era este un prodigio de ingenio y no tenía menos piedad. Habia quedado sin vista á la edad de cuatro años; pero oyendo buenos maes-

— Sozom. lib. 6. hist. cap. 2. — Philost. c. 20. — Pallad. Laus. cap. 4.

(1) Sozom. lib. 6. hist. cap. 2.
(2) Philost. c. 20.
(3) Pallad. Laus. cap. 4.

trós; aprendió perfectamente la gramática, la retórica, la lógica, la filosofía de Platon y de Aristóteles, los principios mas sublimes de las matemáticas, y hasta los corolarios mas distantes de sus elementos, tales como la música y la astronomía que los antiguos llamaban armónica. Dedicóse aún mas á la ciencia de la Religión, como se puede juzgar por su tratado del Espíritu Santo contra los macedonianos, que se conserva en latin traducido por San Gerónimo. Compuso otras muchas obras que dictaba en notas á diversos escribientes. Poseía no solo todas las partes de las Santas Escrituras, sino tambien todos sus mejores intérpretes, en particular á Orígenes cuyos inmensos escritos le eran familiares, y á quien no cesaba de encomiar, diciendo que no le entendian sus ceasores. Su memoria era como un libro en el que todo lo que oia una vez se imprimia de un modo indeleble. En fin, fué tan buen teólogo, que se le confió la famosa escuela de la iglesia de Alejandria, como al maestro mas capaz que podia haber en una edad tan floreciente en las ciencias y virtudes eclesiásticas. Mucho agradó á San Atanasio esta eleccion. No era Didimo menos recomendable á los grandes prelados del Occidente, como San Hilario de Poitiers, y San Eusebio de Vercelis, tanto por su eminente virtud como por su oposicion constante á los arrianos y á los demas hereges de su tiempo. Tres veces visitó San Antonio á este grande hombre, cuando acudió á Alejandria al socorro de la fé católica. Preguntóle un dia si sentia no tener vista: Didimo tuvo alguna vergüenza de confesar la verdad; y como no respondia nada, San Antonio le hizo segunda y tercera vez la misma pregunta; al fin Didimo confesó ingenuamente que esta privacion le era muy sensible. El Santo respondió: «Me admira que un sabio como vos se lamenta

por carecer de la ventaja de la vista, que las moscas, las hormigas, y los mas viles insectos tienen como el hombre; cuando debeis alegraros de la facultad de ver y poseer al Señor Supremo de la que solo participamos con las almas santas y con los ángeles bienaventurados. Mejor es sin comparacion ver con el espíritu que con estos ojos carnales, de los cuales una sola mirada puede en un momento escluirnos para siempre de la vision beatífica de la luz eterna.» Despues de las predicciones de tantas personas respetables, nadie dudó que al fin el Señor habia desplegado su diestra; pero cuando del campamento llegó la noticia á Antioquia, ninguno de los fieles contuvo su gozo. En todas las iglesias se apresuraron á rendir dignas acciones de gracias al Dios verdadero con tanto mayor fervor quanto las últimas amenazas del apóstata les habian infundido mayor consternacion. Todo era regocijos, piadosos é inocentes festines en todos los barrios de la ciudad. El pueblo escolamó en su primer impulso: «¿dónde están vuestras promesas, arúspices falsos, sofistas impudentes? Venció el Eterno, Cristo ha triunfado de la mentira y de la impiedad.» Mas cuando se encontraron en el palacio montones espantosos de cadáveres, tantas cabezas de hombres, de mugeres y de niños, empleadas como vimos en infernales observancias; entonces el emperador, paralizada de estos romanos de quienes se apellidaba padre, pareció un monstruo digno de la execracion general.

(1) San Gregorio Nacianceno compuso casi de repente dos largos y sublimes discursos para dirigir hácia el Señor todos estos movimientos y disipar de todo punto el escándalo que puede causar la prosperidad pasagera de los malos. Es imposible demostrar con mas energia ni con elocuencia mas verdadera, cuán loco fué el intento de abolir el cristianismo, y mucho mas aún el de

remedar esta obra del Dios tres veces Santo, como se habia propuesto el apóstata en su quimérico helenismo. En ambos discursos habla San Gregorio contra Juliano con aquella energia que acostumbraban los profetas cuando de orden de Dios reprendian los crímenes de los reyes impíos. Su único objeto era defender la Iglesia contra los paganos desenmascarando la injusticia, la impiedad é hipocresia de su mas peligroso perseguidor. El cielo acababa de dar señales tan patentes de su venganza contra Juliano, que el santo doctor se creyó autorizado para representar al natural á este enemigo de Dios. Y si al mismo tiempo este Padre tan ortodoxo ensalza al emperador Constantino herege y perseguidor, la causa está en el contraste del apóstata impío, que le habia sucedido inmediatamente con un príncipe cristiano bien intencionado, segun algunos otros Padres, pero sitiado de continuo por los mas hábiles seductores, mas débil ó mas ignorante que malo, y mas bien engañado acerca de la persona de San Atanasio que enemigo de su doctrina. Por lo demás, en los discursos de San Gregorio Nacianceno contra Juliano, además de su elocuencia y sus conocidos talentos, no puede menos de notarse con la mayor edificacion un amor sincero de la Religión y una piedad revestida de todos los atractivos de la imaginacion y de la sensibilidad.

Habiase ejercitado mucho tiempo antes en este santo estudio con su amigo Basilio en las soledades del Ponto, donde pasaron sus mejores años en la práctica de las buenas obras y en el estudio de las bellas letras. Gregorio acababa de ser ordenado sacerdote á su pesar; porque siempre miró con terror la santidad y capacidad que se requieren para el sacerdocio, aunque la Iglesia tenia una necesidad muy grande de ministros parecidos á él; contra una infinidad de enemigos y de hijos rebeldes que

despedazaban su seno. No ignoraba sus temores el padre del humilde doctor; pero, de acuerdo con las mas sabias y mas bien intencionadas de sus ovejas aplaudidas de todo el rebaño, creyó que esta desconfianza era una razon mas para acelerar la ordenacion. Cedió el hijo al primer impulso del respeto paterno y al vivo deseo de sus conciudadanos; mas reflexionando pocos dias despues sobre esta condescendencia poco meditada al principio, y representándose con mas viveza que nunca el peso de su ministerio, regresó á la provincia del Ponto á juntarse con su amigo. No obstante, la reflexion le condujo á Nacianzo en la fiesta de la Pascua, temeroso de entristecer á su padre, y de oponerse como Jonás, segun él se explica, á las ordenes del cielo.

Por aquel mismo tiempo habia pasado Basilio á Cesarea, su patria, y presenció la muerte del obispo Dianeo. Su sucesor Eusebio, poco versado aún en los conocimientos propios del episcopado, quiso suplir esta falta reteniendo consigo á Basilio, á quien ordenó de sacerdote, aunque no temia menos el peso del santo ministerio que su amigo Gregorio, pero se sujetó como él, á causa de las necesidades de la Iglesia. Ciertamente no esperaba que entre sus penalidades seria una de las mayores la indiferencia del prelado á quien era tan necesaria su persona. El mérito superior en un subalterno es casi siempre una perspectiva molesta al que ocupa el primer puesto, y de aquí, segun se opina, principiaron las desavenencias y la mala correspondencia de Eusebio. Parecia mirar con disgusto el crédito y la grande estimacion que le merecian á un simple sacerdote su elocuencia y su virtud. No dejaron de declararse por él los monges, que ya miraban á Basilio como á su maestro y su gefe, y atrajeron la parte mas numerosa y la mas distinguida de los fieles. Llegaron las cosas á tal punto, que, sin la modestia y

prudencia del santo sacerdote Basilio, se hubiera formado un cisma; y así tomó el partido de ocultarse á los ojos de un pueblo, cuyo amor excesivo no podia ya contener. Por esto vemos que poco despues de haber recibido el sacerdocio se retiró de nuevo al Ponto con Gregorio Nacianceno. Allí su celo no hizo mas que mudar de objeto, pues no pudiendo, especialmente despues de haber recibido la gracia de la consagracion, permanecer ocioso, se dedicó á cultivar la mas preciosa porcion de la viña del Señor, guiando por las sendas de la perfeccion á una multitud de almas privilegiadas y reunidas en monasterios regulares, instruyéndolas con sus ejemplos, y trazándoles aquellas sabias reglas que pronto se esparcieron por todas partes y que le hacen mirar con razon como el padre de los cenobitas del Oriente.

En tiempo de Joviano volvieron á tener esta loable profesion y todos los egercicios cristianos el favor que se les debia. Joviano no solamente restituyó á los sacerdotes y demas personas consagradas al culto divino las inmunidades y pensiones, sino que tambien restauró sin dilacion cuanto el gran Constantino y sus mas fieles hijos ordenaron en favor del cristianismo y que habia sido abolido por Juliano. Para la egecucion de todo esto escribió á los gobernadores de las provincias desde el mismo pais de las persas atribuyendo en sus cartas las últimas desgracias de las armas romanas á las impiedades que él se daba prisa en extinguir (1). Así que puso el pie en el imperio publicó un edicto formal, levantando el destierro á los obispos desterrados por Juliano ó por Constanzo, y mandando al propio tiempo con toda su autoridad que se restituyesen las Iglesias á los que habian conservado la fé de Nicea; y en particular escribió á San Atanasio, á quien miraba como el prin-

(1) Sozom. lib. 6.º hist. cap. 3.º

cipal defensor de la buena doctrina, para que le instruyese en lo que un verdadero cristiano estaba obligado á creer.

Atanasio, siempre pronto al servicio de la Iglesia, habia vuelto á ejercer sus funciones asegurado en la profecía del virtuoso Dídimo. Tan pronto como recibió la carta del piadoso emperador, convocó á los obispos que dependian de él, y despues le respondió en nombre de todos los prelados del Egipto, de la Tebaida y de la Libia. En esta instrucción parte, segun su costumbre, del fundamento inalterable de la fé cristiana, y no propone mas creencia que el simbolo de Nicea, que inserta íntegro en su Epístola, temiendo las copias falsificadas que se divulgaban. Sabed, religioso emperador, añade, que esta es la doctrina de los Apóstoles establecida en todas las iglesias: en las de España, las Galias é islas Británicas; en toda la Italia y la Campania; en la Dalmacia, Misia, Macedonia y la Grecia; en Africa, en Cerdeña, en Chipre, en Creta, en Panfilia, en Licia y en Isauria; por todo el Egipto y la Libia, por el Ponto, Capadocia y paises cercanos; en fin, en todas las iglesias Orientales, á escepcion de un corto número que sigue los errores de Arrio. Conocemos por sus obras la fé de todas estas iglesias y su profesion formal la tenemos en sus Epístolas. Ahora pues, el pequeño número de los que reprueban esta creencia no puede formar un argumento razonable contra todo el universo.

Por este monumento se ve que el arrianismo nunca estuvo tan esparcido como afectan insinuarlo en todas ocasiones los enemigos de la visibilidad de la Iglesia. Es oponerse no menos á la verosimilitud y al recto juicio que á su divina prerogativa el concentrar la sana doctrina por tiempo tan dilatado en la profesion oscura de un pequeño número de fieles. No era posible que en dos ó tres años que reinó Juliano, neu-

tral por otra parte é indiferente entre los cristianos ortodoxos y los hereges, una secta que se supone mas numerosa que la misma Iglesia de Jesucristo, sin que de ello se pueda alegar razon alguna, se redujese al estado en que la representa San Atanasio en su Epístola á Joviano. Es verdad, sin embargo, que en tiempo de este emperador principiaba á debilitarse estremadamente; pero esto era, al modo que todas las novedades profanas, por sus variaciones interminables y por sus divisiones intestinas que subian de punto cada dia. Los arrianos puros habian llegado al fin á ser sobremanera odiosos á los semiarrianos, que se iban uniendo insensiblemente con los prelados ortodoxos, y en breve los veremos del todo unidos. Entretanto la Iglesia, á pesar de toda su dulzura é indulgencia con los débiles, nada cedia de su rigor contra las novedades. Atanasio, que era su digno órgano en este punto así como en sus sentimientos contra el arrianismo rigoroso, no sostuvo con menos entereza la divinidad del Espíritu Santo, que impugnaban los semiarrianos, que la del Salvador en su misma Epístola á Joviano.

Prendado de este escrito el emperador, quiso ver al mismo autor é instruirse á fondo con sus doctas conversaciones. Este príncipe, tan sensato como piadoso, conocia el uso que podia hacer de semejante maestro en medio de tantos sectarios, que infestaban sobre todo las provincias vecinas á la corte, á donde llegaban de continuo de todas las demas, con el infame proyecto de corromper al nuevo emperador como habian hecho con Constanzo. Escribió otra carta al obispo de Alejandria, rogándole con instancias viniera á Antioquia, donde él se habia detenido á su vuelta de Persia.

La bondad del soberano escitó la envidia de los sectarios. Hizo tambien la faccion arriana venir de Alejandria con otros hereges al sacerdote Lucio su caudillo, si es que

ya no habia sido ordenado obispo. Presentáronse al emperador cuando salia de la ciudad para llamar su atencion con su gran número y con gran ostentacion de religion y fervor. Se echaron á sus pies con todo el artificio que acostumbraban pidiéndole á una voz un obispo. Contestó sencillamente el príncipe, que no estaba prevenido, que ya habia dado sus órdenes para el restablecimiento de Atanasio, y que pronto compareceria en su Iglesia este digno pastor. «Ah señor! respondieron, él fué separado por el emperador Constanzo y por el gran Constantino.» Un militar poseido de aquel celo pronto é ingénuo, propio de su clase, tomó la palabra y dijo á Joviano: «os pido, señor, que desconfieis de esta gente que son los restos del partido de Jorge el Capadocio, que arruinó la ciudad de Alejandria y toda la provincia.» Joviano respondió: «no me hableis contra Atanasio. Acusaciones de veinte años ya deben olvidarse por esta sola razon; además, yo sé por qué y cómo fué acusado.» Reiteraron sus tentativas, y aun se propusieron á decirle que si Atanasio volvia á su iglesia la ciudad estaba perdida. El emperador contestó: «Yo me he informado con el mayor cuidado, y conozco que es ortodoxo y enseña bien á su pueblo.» «Verdad es, dijeron; sus palabras son buenas, mas su alma abriga malos sentimientos.» «Pues convenis, añadió el emperador, en que nada dice ni enseña que no sea bueno, basta (1). A Dios pertenece escudriñar los corazones: nosotros, que somos hombres, debemos atenernos á las palabras.» «Señor, le dijeron los arrianos, nos llama hereges y novadores.» «El emperador respondió: es obligacion suya, como de todos los que velan en la conservacion de la sana doctrina.» Lucio quiso insistir; y el príncipe que tenia el genio jovial concluyó con una gracia: «Lucio, cómo has venido

(1) Sozom. hist. lib. 6, cap. 5.

aquí?» «Señor, respondió, por mar y en medio de los mayores riesgos.» «Pues bien, dijo el emperador, para que no os espongaís á los mismos peligros, volved por tierra.»

Durante la mansion de Joviano en Antioquia, se celebró un Concilio, al que no se sabe que asistiese San Atanasio, ó por que no habia llegado, ó porque con su concurrencia temiera declararse contra el partido de Paulino. Se compuso esta asamblea de veintisiete obispos de varias provincias, entre los que se admiraria cualquiera de encontrar otra vez al famoso Acacio de Cesarea, á no estar acostumbrado á ver á estos celosos sectarios formarse una fé condescendiente y casi siempre conforme á la de la corte. Presidia el Concilio San Melecio, cuyas decisiones dogmáticas desagradaron á la comunión de Paulino; pues creia que eran favorables á las opiniones semiarrianas ó macedonianas. Empero son enteramente católicas, y aun se establece en ellas la consubstancialidad: mas se encuentra la palabra *semejante en substancia*, como esplicatoria de la de *consubstancial*, y no se dice nada del Espíritu Santo. Lo que de las acusaciones, escésivas quizá, de un partido celoso, se infiere es que un número muy considerable de los que comunicaban con San Melecio y su Concilio eran aún sospechosos de que tenían al Espíritu Santo por una pura criatura, aunque no fuesen error alguno acerca de la Persona del Hijo de Dios. Respecto á San Melecio, que verosímilmente temia agitar los ánimos con tantos objetos á un tiempo, y á la porcion del pueblo que le estaba adicta, todos tenían una creencia igualmente segura de las tres divinas personas. Acusaron por su parte á Paulino de los errores de Sabelio y Apolinar, que principiaban á conmovér y escitar la atencion. Tan arriesgado es que los partidos opuestos, aun entre los buenos, no se mantenga

en los límites de la moderacion ó á lo menos de la equidad. Desde Alejandria habia escrito San Atanasio al obispo Paulino, el cual se sirvió del viage del santo patriarca á Antioquia para justificarse con un prelado cuya estimacion llevaba consigo la de toda la Iglesia. Dióle una confesion de fé escrita por su propio puño, en la que reconocia tres hipóstases, esto es, tres personas distintas en Dios, y una sola substancia que llama tambien hipóstasis: mas por las esplicaciones que añade se ve que este término, todavia equivoco, significaba unas veces esencia ó naturaleza, y otras persona, segun donde se le aplicaba. Mas para no dejar oscuridad alguna sobre su doctrina, Paulino anatematizó del modo mas terminante á los que deseaban el símbolo de Nicea, ó no confesaban la consubstancialidad del Hijo con el Padre, y á los que hacian del Espíritu Santo una criatura; y en fin, á Sabelio, Fotino, y en general á toda heregia. Declara con mas especialidad, contra Apolinar, que él no atribuia al Salvador, como este nuevo heresiarca, un cuerpo humano sin sentimiento propio y sin entendimiento, es decir, sin alma humana.

Así empleó San Atanasio el tiempo que estuvo en Antioquia. El emperador le envió á gobernar pacíficamente su diócesis, y formó la mas alta idea de sus luces y virtud. Tambien partió Joviano para Constantinopla impaciente de animar la alegría pública que iba por el contrario á convertirse en doloroso luto. En Dadástenes, á los confines de la Galacia y Bitinia, encontró á los senadores que iban á nombre de la capital á esperar á un emperador tan sumamente querido: mas en la noche del 16 al 17 de febrero se le encontró muerto en su cama. La mayor parte de los autores dicen que murió de la sofocacion que le dió el vapor del carbon que habian encendido en su sala para calentarla. Así aquel excelente emperador, de

edad de solos treinta y dos años, sumergió de nuevo á la Iglesia en la zozobra é inquietud con una muerte repentina y prematura, despues de un reinado de menos de ocho meses.

Con todo, se le dió un sucesor no menos famoso que él por su generosa adhesion al cristianismo. Fué este Valentiniano, hijo de Graciano, conde de Africa, nacido en Gibales de Panonia el año 324, y célebre, como vimos, en el imperio de Juliano por la brillante confesion que le granjeó el destierro. Revistiéronle solemnemente con la púrpura en la ciudad de Nicea pasados diez dias de la muerte de su antecesor: á saber, el 26 del mismo mes de febrero de este año de 364. Reunia Valentiniano á un valor extraordinario, un espíritu recto y penetrante, buena presencia, gratos modales, y mucho gracejo y facilidad en su produccion: amaba sinceramente la fé católica, y tuvo bastante piedad para bautizarse sin esperar á lo último de la vida, segun el abuso demasiado comun todavia en su tiempo. Esperaban los verdaderos fieles una proteccion poderosa de un príncipe anunciado con tan felices auspicios, pero no tardaron en desengañarse. Así que se vió en el trono, se entregó de un modo esclusivo á los cuidados puramente temporales del gobierno; y aun se propuso esta reserva como una norma de conducta que tenia algo de bueno en sus principios, pero en la cual se escedió sin duda. Descontento en extremo del método que el emperador Constanzo siguió tan desgraciadamente de querer entrometerse en las conferencias de los doctores y en las decisiones mas espirituales y sagradas de los Concilios, dió en el extremo opuesto, bastante análogo á su carácter indiferente, y casi nunca se dedicó á lo que interesaba á la Religion.

Mas el mayor daño que causó Valentiniano á la Iglesia fué el asociar al imperio á